

grafías diversas que exhiben el crecimiento de una industria, señalando la raíz de una gran diversidad de conflictos entre el arte y la publicidad, promovidos desde las escuelas de arte, la perspectiva del autodidacta y *free lance* de las mismas agencias. Asimismo, es nítida la manera en que la autora trenza las hebras de los medios masivos al promover el consumo bajo el lema: “compro, luego existo” y cómo se fue extendiendo el uso del grabado, la litografía, el dibujo hasta el ascenso de la fotografía que desplazó paulatinamente a los otros medios masivos de reproducción. Este tema se presenta como un estudio pionero en el género, y que requiere profundizarse en sus texturas actuales, pues de todos es conocido que los más destacados

fotógrafos del país se han dedicado a la publicidad por la necesidad inmediata (para muestra que baste el botón del fotógrafo Enrique Bostelman, destacado fotoartista comercial recién fallecido).

Imágenes del deseo es un tapiz hilado por la autora en un mosaico de ricos colores, texturas, lazadas y puntadas que muestran esas facetas que son fuente de placer, seducción, dolor, vanidad, mistificaciones y mitificaciones que vivimos tan cotidianamente. El trabajo de Ortiz Gaitán contiene noticias relevantes que se configuran de manera aparentemente natural, como lo suelen hacer las grandes investigaciones de textos fundamentados donde lo espontáneo convoca a la sutileza de la profundidad, es un texto de múltiples

y afortunadas interpretaciones. Se trata de una elegante, rápida y oportuna publicación de la Dirección General de Estudios de Posgrado a través de la Facultad de Filosofía y Letras, la cual edita en más de cuatrocientas páginas este material sensible “de los apetitos humanos” —como los llama la historiadora del arte— “del ser, el hacer y el tener”. Donde las palabras de Cardoza y Aragón hacen eco al señalar que: “Aquellas sombras sonrían, las encontramos en la calle de alguna novela, entre los rizos de algún vals, vivan de nuevo, en los ojos clavada una astilla de luz de una mañana hermosa no ida para siempre todavía”. Y en este libro que los representa con un gran brocado que es, como su portada lo indica: ¡canela pura!

De los mestizajes tecnológicos a las mezclas editoriales

Juan Carlos Ruiz Guadalajara

Enrique Florescano y Virginia García Acosta (coords.), *Mestizajes tecnológicos y cambios culturales en México*, México, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, 2004.

De vieja estirpe en los ámbitos político y académico, el tema del mestizaje ha sido, por mucho, uno de los espacios de reflexión más complejos y expuestos a las dinámicas de construcción de la mexicanidad y de una identidad nacional sustentada en la convergencia de al menos tres tradicio-

nes culturales. Desde los primeros planteamientos surgidos en la naciente Nueva España alrededor de la separación o integración de las repúblicas de españoles e indios, hasta las ideas mestizofílicas de Andrés Molina Enríquez a principios del siglo XX, pasando por supuesto por la barroca y lúdica clasificación de castas del siglo XVIII, el mestizaje se ha tomado predominantemente desde la arena de las fusiones genéticas, raciales y por ende socioculturales.

Dado su específico y más elemental contenido significativo, es decir, aquél que estuviera vigente

entre los siglos XVI y XVIII en cuanto a señalar la mezcla o la mixtura entre animales de diferente raza, o bien entre hombres de diferente grupo sociorracial, el concepto de mestizaje ha sido tomado como metáfora de la fusión y del cambio social por varios antropólogos, historiadores y filósofos. Baste recordar, además del mencionado Andrés Molina, los ensayos contenidos en *México y la cultura*, entre los que destaca el estudio y reflexión de Alfonso Caso en torno a las contribuciones de las culturas indígenas de México a la cultura mundial; o bien el ensayo de

Richard Konetzke, “El mestizaje y su importancia en el desarrollo de las poblaciones hispanoamericanas durante la época colonial”, publicado en la *Revista de Indias* en 1946. A ellos se agregan los intentos pioneros de explorar el mestizaje en los sistemas de creencias que realizaran, por un lado, Jack Holmes en su artículo “El mestizaje religioso en México”, publicado en *Historia Mexicana* en 1955, y por el otro, Wigberto Jiménez Moreno en su ensayo de 1964 titulado “Filosofía de la vida y transculturación religiosa”, así como los posteriores estudios de Gonzalo Aguirre Beltrán sobre el proceso de aculturación, de George M. Foster en su obra *Cultura y conquista. La herencia española de América* y los recientes esfuerzos colectivos de El Colegio de Michoacán que dieron por fruto las obras *Herencia española en la cultura material de las regiones de México y Tradición e identidad en la cultura mexicana*.¹

En todas ellas, la dinámica del mestizaje marca el eje de las reflexiones a partir de perspectivas y campos diferentes que van desde la religiosidad hasta la cultura material, y que transitan por el estudio cultural de grupos humanos diferentes que entraron en fuerte y compleja interacción de todo tipo desde el siglo XVI. Estamos, por tanto, frente a un espacio de análisis prioritario para el entendimiento de una nación que, como la mexicana, se reconoce fruto pri-

¹ Los autores mencionados representan una parte mínima, aunque significativa, del conjunto universo de estudiosos que de manera central o periférica han abordado el complejo tema del mestizaje en sus diversas facetas en México.

mordial del mestizaje en sus más amplios y variados sentidos; de un territorio transformado por acción de al menos tres tradiciones culturales que de manera intrínseca abarcaron otro tanto de diversidad en cada uno de sus particulares desarrollos y componentes.

Podemos afirmar, entonces, que *Mestizajes tecnológicos y cambios culturales en México* es el más reciente eslabón en la ya vieja cadena de reflexiones en torno al mestizaje como parámetro del cambio social. Resultado de un seminario de investigación realizado en el CIESAS, la obra coordinada por Enrique Florescano y Virginia García Acosta, hace su aparición en el año 2004 y vuelve a la senda exploratoria del mestizaje a partir del análisis de los intercambios, adaptaciones y supervivencias tecnológicas derivadas del proceso de contacto entre lo indígena y lo español en tierras de la otrora Nueva España, y bajo la consideración de haber sido dicho proceso un espacio complejo y dialéctico desarrollado bajo las tensiones de la hegemonía y la contrahegemonía, del dominio y la resistencia cultural. En ese sentido, el estudio del cambio cultural vía el mestizaje tecnológico parte de una premisa que considera el mestizaje como un concepto cultural, concreto, más que racial. Ello implica identificar las transformaciones sociales sucedidas en diversos ámbitos de la reproducción social a partir de los intercambios entre indios y españoles, esto es, el mestizaje y su impacto en la práctica y los comportamientos desarrollados en la relación hombre-naturaleza, en la transformación del medio, en los conocimientos para la explotación y aprovechamiento de los recursos, así como en las formas concretas de organización técnico-laboral.

Estamos ante una obra colectiva cuyo primer y más visible acierto se encuentra en el enfoque multidisciplinario para el análisis de estudios de caso, producto de la colaboración y discusión analítica establecida entre cultivadores de la historia, la antropología y la etnoarqueología, relación inces- tuosa y cada vez más necesaria para la interpretación del pasado. Así, el análisis del cambio cultural vía el mestizaje tecnológico en Nueva España deja al descubierto una cantidad respetable de temas y zonas de estudio, además de una serie de controversias teórico-metodológicas derivadas del potencial hermenéutico de un concepto tan maleable y versátil como el de mestizaje. Abordaré en primer plano este punto, para referirme posteriormente a los contenidos y características concretas de la obra.

¿Cómo abordar el mestizaje como categoría de análisis? ¿Cómo construirlo teóricamente para desbordarlo en una herramienta de análisis de cambio cultural? Más allá de la riqueza, rigor y variedad de los ensayos que conforman el libro, considero que la discusión que establecen en torno al mestizaje como categoría de análisis histórico-antropológico nos deja más preguntas que respuestas. Ya desde la introducción general, Virginia García y Enrique Florescano² establecen la intención de

² Si bien en los créditos de portada aparece en primer término Enrique Florescano y en segundo Virginia García Acosta como coordinadores de la obra, en los referentes a la introducción general se invierte el orden, por lo que se impone la siguiente pregunta: ¿el orden de los factores altera el producto? (¿el orden de aparición altera

utilizar el concepto de mestizaje como una práctica cultural producto de transferencias, fusiones, intercambios y simbiosis entre las tradiciones española e indígena, sin descartar la aportación negra y asiática.

En el caso específico del libro, la práctica cultural mestiza generada por el enfrentamiento de culturas en la etapa formativa de la Nueva España, es explorada en el campo de lo material y tecnológico, en la mezcla diferenciada de formas distintas de aprovechar y relacionarse con el medio natural. Así, el campo de exploración etnohistórica quedará definido bajo la consideración de haber sido el encuentro de diversas técnicas, instrumentos y artefactos para producir alimentos, mercancías y bienes “el primer laboratorio donde se confrontaron los saberes procedentes de distintas culturas y donde se estableció un diálogo cotidiano y continuo para apreciar su naturaleza, conocer sus nombres, sus cualidades y verificar su efectividad en la práctica, o bien para adjudicarle nuevos nombres, cualidades y usos.” La vía de acceso al estudio de este proceso de mestizaje tecnológico estará dado por la conjugación del trabajo antropológico e histórico, que en la mayoría de los casos desemboca en el ejercicio riguroso de la inferencia etnográfica y que implica el abordaje de los procesos de cambio cultural en la perspectiva de la larga duración.

La propuesta de García Acosta y Florescano en torno a un esquema de la dinámica de mestizaje cultural, incluido el tecnológico, estará dada por la noción de un eje diacrónico supervivencia-destrucción, en el cual se mueven principalmente tres tipos de encuentro: el primero estaría dado por el extremo de la supervivencia, esto es, aquellos

elementos de una tradición que permanecen o que sufren cambios mínimos; el segundo lo representa el extremo de la destrucción, es decir, aquellos aspectos de una tradición que son eliminados o transformados por completo por otra tradición; el último estaría dado por el centro de dicho eje, metáfora de los aspectos de dos tradiciones que se funden para dar como resultado un nuevo elemento. A lo largo del eje se ubican una multiplicidad de posibilidades de mestizaje con mayor o menor carga de preservaciones, mutaciones y transferencias. Este esquema teórico-metodológico nos otorga un primer acercamiento al concepto de mestizaje como cambio cultural, sin embargo, deja al mismo concepto en una situación de profunda elasticidad en tanto que podríamos considerar como mestizaje cultural procesos tan disímolos como la sobrevivencia de la coa o bastón plantador para la siembra de caña, hasta la fusión de percepciones en torno a, por ejemplo, el agua, fusión que impacta la instrumentación de prácticas para su aprovechamiento.

Así, el mestizaje como concepto, desde la propuesta de García Acosta y Florescano, vuelve a sus veneros semánticos para indicar, en esencia, la mezcla o mixtura en diferente grado de elementos pertenecientes a dos o más ámbitos culturales diferentes, en este caso las tradiciones y el conocimiento tecnológico. Valdría la pena, por tanto, ahondar la exploración del asunto a partir de un diálogo con el viejo concepto antropológico de aculturación, o bien con las propuestas de transculturalidad emanadas del análisis de realidades actuales. Ello permitiría, en mi opinión, dinamizar la carga hermenéutica del concepto mestizaje

al considerar los aspectos materiales, simbólicos e históricos presentes en cualquier proceso de cambio sociocultural.

Un aspecto más que considero importante es el referido a la discusión de la dinámica del cambio tecnológico en su dimensión universal, y que ha dado lugar en la teoría social a planteamientos viejos y nuevos. Jon Elster, por ejemplo, señala que “El cambio técnico —la fabricación y modificación de herramientas— puede haber desempeñado un papel importante en la evolución de la vida inteligente sobre la Tierra, comparable al del lenguaje. Durante el transcurso de la historia humana, las instituciones sociales surgieron y desaparecieron en gran medida como respuesta a cambios en la tecnología productiva y destructiva. Más aún, el cambio tecnológico constituye un desafío para el análisis puesto que es fundamentalmente impredecible.”³

Ni qué decir de los antecedentes de estos planteamientos en torno al cambio tecnológico y al desarrollo de las sociedades industriales. Baste recordar los de Joseph Schumpeter, quien consideró a principios del siglo xx la innovación tecnológica como el motor del desarrollo económico, o bien el materialismo histórico de Marx, quien ubicó al cambio tecnológico y al desarrollo de las fuerzas productivas como el motor de la historia. En sí mismo, el cambio tecnológico

el grado de colaboración en el ensayo introductorio?).

³ Jon Elster, *El cambio tecnológico. Investigaciones sobre la racionalidad y la transformación social*, Margarita Mizraji (trad.), Barcelona, Gedisa, 1997, p. 13.

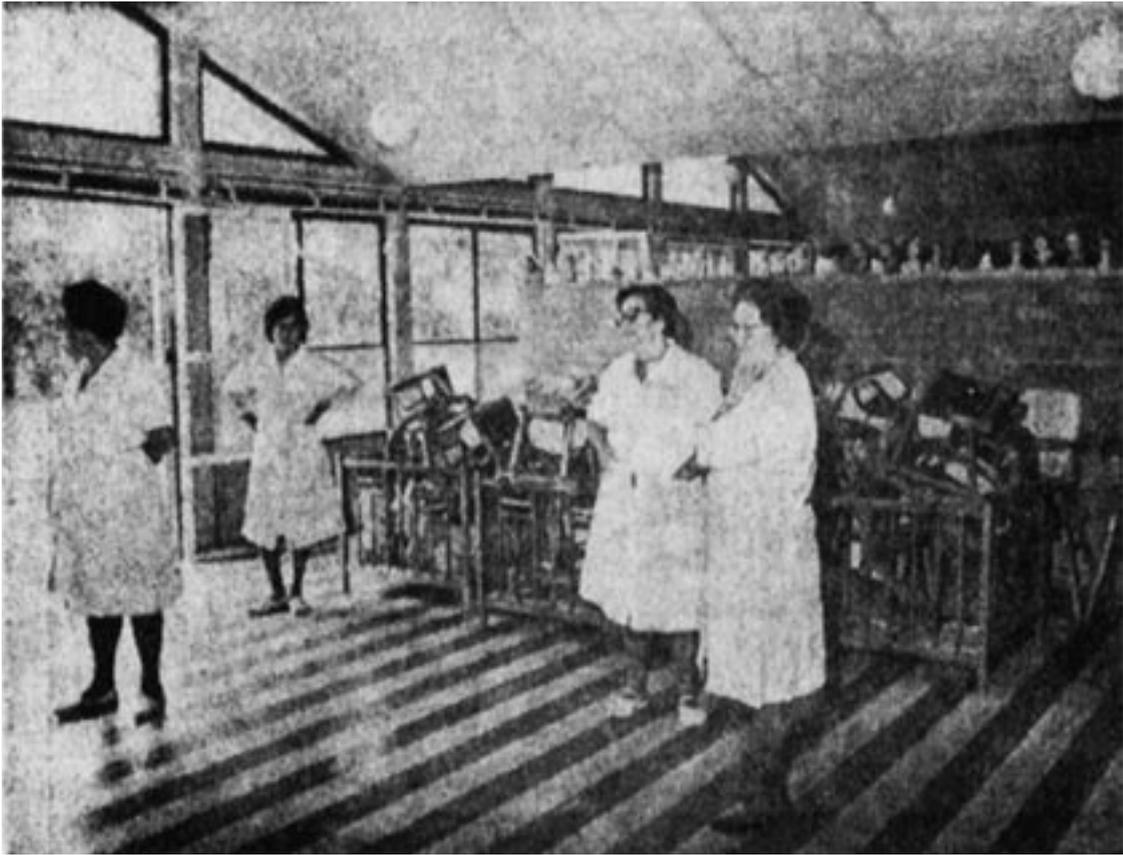


Figura 17. “Desde temprana hora, las encargadas de la guardería infantil de la Ciudad Universitaria dispusieron el local para recibir a los centenares de niños de empleados y trabajadores de ese centro de estudios”. (*Excélsior*, 2 de octubre de 1968, p. 14a. Archivo Histórico CESU, UNAM).

es cambio cultural, sea cual sea su origen. Sin embargo, y a diferencia de las corrientes materialistas y evolucionistas del siglo XIX, o bien de las neoclásicas y neoliberales del siglo XX, valdría la pena recuperar la premisas de Elster para considerar el movimiento impredecible de dichos cambios, movimiento que implica innovaciones, evoluciones e involuciones pero que, sobre todo, involucran a los actores sociales, individuales y colectivos, en el rechazo, aceptación o preservación de nuevos y viejos elementos tecnológicos.

En este punto, el libro que nos ocupa es rico en sugerencias para futuras propuestas de reflexión sobre aspectos tales como la tradición y la modernidad, así como la interculturalidad, esto es, la consideración ética de que ninguna cultura es superior a otra (aunque algunas sostengan lo contrario para legitimar su dominio), y que existe una constante histórica por la cual se nutren unas tradiciones de otras en función de contextos, necesidades y concepciones específicas del espacio social, de la relación hombre-naturaleza y de la carga histórica de los conjuntos sociales.

Esbozada la oferta analítica y las controversias inherentes al intento de este esfuerzo colectivo hecho libro, pasemos a sus contenidos específicos. Cabe entonces una reiteración: todos los ensayos constituyen aportaciones originales y rigurosas, sumamente ricas y valiosas para la historiografía reciente de corte antropohistórico. Los “peros” estarán dados por las características mismas del libro y por las controversias emanadas de los planteamientos específicos de cada capítulo. Pasemos a una parte de este último aspecto

haciendo un balance del producto, el cual, vale decirlo, es una bella muestra de lo que editorialmente se puede lograr en la actualidad con un buen impresor.

El libro, además de la referida introducción general escrita por Virginia García y Enrique Florescano, está conformado por siete capítulos de extensión diferente, y en el conjunto contrastan cuatro bloques específicos: por un lado los ensayos de investigación que abordaron e intentaron desentrañar procesos de cambio cultural vía el mestizaje tecnológico, a saber, los escritos por Diana Birrichaga, Beatriz Scharrer y José Ignacio Urquiola; un segundo bloque lo forma el ensayo de Magdalena García Sánchez, en el cual analiza un proceso de pervivencia tecnológica y de resistencia al mestizaje; el tercer bloque lo forman los ensayos que no abordan directamente la temática central del libro y que disertan sobre aspectos relacionados aunque diferentes, a saber, el de Arnold Bauer y el de Guy Rozat; en el último bloque se ubica el ensayo de Margarita Menegus, en el cual aborda una propuesta de mestizaje cultural no referida a lo tecnológico, sino a las formas de gobierno indígena y su transformación en el contexto del dominio español. De todos ellos, los que se ubican en el tercer bloque, es decir, los de Bauer y Rozat, son reediciones corregidas y aumentadas, esto es, se conocían de años atrás en diferentes revistas. ¿Se justifica dicho criterio editorial? Visto en términos de la oferta temática específica realizada en el título y en la propuesta introductoria, considero que no. Mas ello no le quita el valor de conjunto al libro, simplemente lo hace un bello y mestizo monstruo digno de ser leído y

estudiado en su integridad. Veamos brevemente y por orden de aparición los temas y propuestas:

En el primer capítulo, denominado “El modo de vida lacustre en el Valle de México, ¿mestizaje o proceso de aculturación?”, escrito por García Sánchez, encontramos una extraordinaria aplicación del método etnoarqueológico para analizar la vida material en la explotación del medio lacustre. Si bien no aborda un caso de mestizaje cultural, sino de pervivencia de prácticas de explotación lacustre prehispánicas en un contexto de fuerte interacción cultural desde el siglo XVI, García nos muestra, entre otras cosas, la dificultad de establecer los mecanismos por los cuales una aplicación tecnológica, en este caso la representada por las técnicas de extracción de los recursos lacustres con las herramientas y conocimientos derivados de la cultura lacustre prehispánica del altiplano central mexicano, logra sobrevivir a la par de los lagos.

Así, transita del dato histórico referido a la cultura lacustre del valle de México, a las prácticas actuales y a otras recientemente desaparecidas en los lagos de los valles de Toluca para entender y reconstruir, mediante la inferencia etnográfica, la lógica de la producción y explotación de flora y fauna acuática, sustento de muchas culturas del altiplano y ajena a los intereses económicos de los españoles y de los posteriores grupos de poder en el México independiente.⁴

⁴ “El argumento que explica esta afirmación es que la práctica del modo de vida lacustre no formó parte importante de los intereses económicos de los españoles, debido en parte a que la explotación de los lagos era trabajo de indígenas y en parte porque

Ello le da la oportunidad a la autora para establecer una reflexión teórica por demás interesante alrededor del mestizaje y la aculturación. Para Magdalena García, la aculturación es la clave para entender el porqué no se dio un mestizaje cultural en lo que ella denomina modo de vida lacustre, pues en los procesos de interacción cultural, que en estricto sentido son la condición previa de cualquier mestizaje, es fundamental el interés de un actor por entrar, compartir o bien modificar el terreno del otro. Dada la falta de una tradición lacustre por parte de los españoles y debido a la contradicción que en este campo específico existió entre dos formas de ver el mundo (indígena *versus* español), esto es, entre “dos modos de vida resultado de siglos de prácticas culturales propias” en la relación hombre-naturaleza, el intercambio tecnológico no fue objeto de interés por parte del grupo dominante, dando paso a la pervivencia tecnológica del modo de vida lacustre indígena. Las reflexiones que en este punto realiza Magdalena García son, en mi opinión, las más sólidas de todo el conjunto de ensayos respecto a los mecanismos alternativos de sobrevivencia técnica en un contexto de fuerte mestizaje cultural, y es, por tanto, el estudio de un contracaso.

En el segundo capítulo, titulado “El dominio de las aguas ocultas y descubiertas. Hidráulica colonial

aparentemente se inclinaron por las riquezas más obvias, como la explotación de minas o la posesión de grandes extensiones de tierra para cultivo y pastoreo. Sin embargo, cabe señalar que sí tuvieron un gran interés en el consumo de los productos extraídos de los lagos...” (p. 23.)

en el centro de México, siglos XVI y XVII”, Diana Birrichaga aborda un tema fundamental del mestizaje tecnológico referido a los usos, concepciones y técnicas para el aprovechamiento del agua corriente y del agua de pozo en el centro de México. Birrichaga establece cambios en la tecnología del agua a partir de adaptaciones e intercambios técnicos y materiales entre indios y españoles. Así, en lo que a cuestión hidráulica se refiere, incluido el control del recurso, el intercambio tecnológico no fue unidireccional, pues el proceso se enriqueció con los aportes provenientes de la época prehispánica. Formula, por tanto, el concepto de hidráulica colonial como el proceso de transferencias y aplicaciones tecnológicas resultantes de dos formas de entender y ejercer el acceso y manejo del agua. En este sentido, Birrichaga aporta interesantes datos históricos que muestran las técnicas y materiales autóctonos aprovechados por los españoles.

Sin embargo, la autora va más allá y ubica el corazón del proceso de mestizaje tecnológico en torno al uso y control del agua en el campo de las percepciones. Plantea que no fue precisamente en el proceso de transferencia y adaptación tecnológica donde se dio el mestizaje tecnológico, sino que éste se dio en la adaptación y amoldamiento de dos percepciones y formas diferentes de aprovechar el recurso. Esto le lleva a un análisis de la hidráulica colonial a partir de todas las prácticas sociales asociadas al agua, desde su extracción hasta su aprovechamiento como fuerza motriz en los molinos, pasando por los conflictos jurídicos que implicaban usos y costumbres indígenas frente a las nuevas necesidades del colonizador español.

La idea de la adaptación y amoldamiento de dos percepciones como el centro del mestizaje tecnológico es muy sugerente, pues rescata la dimensión simbólica de la cultura, incluida la técnica. Sin embargo, considero que la autora no establece un análisis en torno a la historicidad de dichas nuevas percepciones mestizas alrededor del agua, y en ocasiones deja suponer que se dieron de manera independiente al cambio de percepción indígena en todos los ámbitos. ¿Cuáles fueron los nuevos sentidos o las variantes en la nueva percepción mestiza? ¿Cuáles las nuevas significaciones y representaciones producto del intercambio tecnológico? Son cuestiones que en mi opinión no quedan resueltas en este ensayo.

El tercer capítulo, “La herencia del azúcar” de Beatriz Scharrer, es un extraordinario estudio sobre la formación de una cultura plenamente mestiza en lo que a la tecnología se refiere. A partir de información etnohistórica y de trabajo de campo, la autora nos muestra el proceso de inserción de la caña en la cultura campesina de la zona de los valles de Cuernavaca, y el impacto y desarrollo que el proceso de transformación de la caña y de refinación de melazas y azúcar tuvo a nivel global. Para ello, establece con claridad la innovación agrícola que para el mundo representó el cultivo extensivo de la caña introducido desde temprano entre los campesinos indígenas de Mesoamérica y de otras zonas de la América hispánica desde el siglo XVI. Fue un caso de adaptación y mestizaje tecnológico que impactó la cultura alimenticia de Europa, y que hizo posible en este continente la popularización del consumo del azúcar a partir del siglo XVII.

Podemos decir, con base en este excelente estudio, que el campesino indígena tuvo un papel fundamental en la transformación de la cultura alimentaria de América y de Europa vía la cultura de la caña, resultado de un temprano proceso de aprendizaje en su producción y en la adaptación de herramientas y prácticas campesinas indígenas, incluida la organización social y la economía de la autosubsistencia. La autora llega a plantear, incluso, una modalidad de mestizaje tecnológico a partir de un sincretismo y una conjunción técnica que se expresó, incluso, en términos lingüísticos.

El cuarto capítulo, titulado “Molinos y molenderas. Tecnología, economía familiar y cultura material en Mesoamérica: 3000 a.C.-2000 d.C.”, escrito y adicionado para este libro por Arnold Bauer, representa un no-proceso, esto es, un caso extraordinario de pervivencia de la tecnología del neolítico hasta nuestros días a través del papel del metate, la cultura del maíz, la molienda y la trayectoria de la tortilla a lo largo de por lo menos 5000 años continuos, cultura tecnológica apenas desplazada en la parte final del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX con la aparición de los molinos mecánicos de nixtamal, de la harina de maíz nixtamalizada de carácter industrial y con la invención de la máquina tortilladora.

En un recorrido extenso a partir de fuentes arqueológicas e históricas, Bauer revisa la cultura del maíz, del metate y la tortilla, y no atina a comprender cómo fue posible la sobrevivencia de una práctica que califica de altamente ineficiente, depredadora del medio y sojuzgadora de las mujeres; máxime cuando piensa en la introducción, a partir de la conquista

española, de otras alternativas alimenticias y de otras herramientas que bien pudieron aligerar la carga que representaba el maíz y su molienda con herramental neolítico. Teniendo como referente comparativo la tecnología del trigo, ejercicio por otro lado muy cuestionable para la comprensión del fenómeno que aborda, Bauer no se explica cómo durante cuatro siglos el metate logró derrotar al molino, y queda sorprendido ante la terquedad o bien la persistente necesidad que desde hace algunos milenios han tenido los creadores de la cultura del maíz del lujurioso consumo de tortillas, “el pan de la tierra”, representante de un “régimen alimenticio primitivo aunque sofisticado”. El autor tampoco atina a encontrar una razón convincente a su logos eficientista e industrial que le explique tanta voluntad colectiva para reproducir una práctica cultural tecnológicamente opresiva hacia las mujeres e inferior con respecto a otras alternativas de origen occidental.

Los puntos cuestionables en el enfoque de Bauer son muchos: hiperboliza el asunto al establecer altos contrastes entre el trigo y el maíz, sobre todo en sus respectivos procesamientos; plantea desde lo que podríamos denominar una perspectiva contemporánea, esto es, de forma por demás descontextualizada y poco analítica, el poco interés de las sociedades mesoamericanas por adoptar tecnologías para el procesamiento del maíz que mejoraran el destino de las mujeres molenderas en su monumental tarea de proveer de tortillas recién hechas a las unidades domésticas, sobre todo ante la evidencia de haber contado los mesoamericanos con el principio de la rueda, ¿cómo no se les ocurrió a las mujeres inventar el mo-

lino y hacerlo el vehículo de su emancipación!; establece lecturas ahistóricas en torno a cálculos y datos estadísticos generados en el contexto de la industrialización de finales del siglo XIX y principios del XX, por ejemplo Azcárate y Luis de la Rosa; llega incluso a plantear la posibilidad de haber sido el alto consumo de leña para el proceso de la tortilla una de las causas de la deforestación y erosión de buena parte de la zona central de México durante la Colonia, propuesta que nos lleva a pensar en la tortilla como uno de los factores de la caída de Teotihuacan, por decir algo.

Me parece que Bauer renunció de manera fácil a una explicación comprensiva, a una perspectiva emic o bien a un análisis de la lógica cultural inherente a una persistencia tecnológica; parte de las deficiencias interpretativas pueden responder a la carencia de trabajo de campo, a la falta de preguntas que permitieran explorar otros aspectos asociados a la molienda del maíz con metate en contextos tradicionales, tales como el sentido de la cocina en el espacio doméstico desde una perspectiva de género, o bien las interacciones sociales y las prácticas de reproducción cultural que tuvieron como escenario el fogón y el metate. Ni qué decir de la cultura alimentaria de los indios y mestizos novohispanos en su relación con hábitos e identidades que tuvieron en el maíz una garantía de sobrevivencia y una herencia tecnológica de milenios que había probado su eficacia.

El autor habla, además, desde la posición de quien conoce el final del cuento, esto es, desde la perspectiva de quien puede ponderar el efecto de la industrialización reciente del proceso milenar de la molienda del maíz y la mecanización de las

tortillas en la reformulación de las actividades femeninas y de la división del trabajo doméstico, condiciones ausentes por milenios en la perspectiva de la cultura del maíz. Ni siquiera se cuestiona cuál fue la relación del crecimiento demográfico del siglo XIX y XX como factores que potencializaron el surgimiento de la mecanización del nixtamal, la molienda y la tortilla, sin que ello implicara la desaparición del metate en diversos ámbitos tradicionales e incluso tradicionalistas. Así, la visión y juicios del autor son un caso digno de estudio para Guy Rozat, preocupado por el logos occidental y su terca argumentación en favor de la superioridad tecnológica del hombre blanco.

Estamos ante un muy aplaudido artículo, interesante y altamente controvertido, carente de interpretación antropológica que nos permita comprender la persistencia de una práctica cultural que va más allá de los criterios de la eficiencia y del evolucionismo, y que no termina de confeccionar una respuesta convincente a su pregunta central: “¿cómo se puede entender la singular inmutabilidad en la molienda de maíz?”, ¿a falta de pan, tortillas?

El capítulo quinto, “Los textiles bajo el mestizaje tecnológico”, es un extraordinario estudio de José Ignacio Urquiola en torno a la producción de textiles en Nueva España, y al surgimiento de un mestizaje tecnológico que en un primer plano se estableció de cara a las posibilidades y exigencias de un intercambio de materiales europeos y americanos, fundamentalmente fibras y colorantes, y que en un plano profundo derivó en la génesis de una unidad productiva de textiles netamente mestiza, a saber, el obraje. Se trata de un mestizaje tecnológico a nivel de la

organización laboral, que tuvo por sustento la integración de prácticas de servidumbre y clientelismo (presentes entre la organización de diversos grupos indígenas) a esquemas de organización de unidades productivas protoindustriales que prefiguraron relaciones laborales precapitalistas vía el salario y las deudas. Dichos esquemas tuvieron un impacto en la formulación de un universo de leyes que regularon el trabajo en los obrajes a partir del reconocimiento y desarrollo de dichas prácticas preexistentes en el contexto mesoamericano tardío, y ausentes en las relaciones sociales de la producción de telas en la península Ibérica. Es, por tanto, una de las joyas del libro, no sólo por la propuesta de interpretación del cambio cultural y económico vía el mestizaje tecnológico, sino por el profundo oficio que muestra Urquiola como historiador.

En “El redentor occidental y sus fantasías técnicas”, sexto capítulo del libro, Guy Rozat escribe un episodio más de su lucha a tres caídas sin límite de tiempo en contra del logos occidental, esa entidad siempre enferma de bloqueo epistemológico y terca en querer entender cualquier proceso desde su postura de dominio y sentada en la idea de un progreso unilineal proveniente, por supuesto, de Europa. Debo señalar que Rozat ha realizado extraordinarias aportaciones a partir de la lucha y desenmascaramiento del referido logos occidental, prueba de ello es su obra *Indios imaginarios e indios reales*, en la cual dimensiona magistralmente el sentido de los denominados testimonios indígenas sobre la conquista.⁵ Sin embargo, en esta

⁵ Cabe señalar que *Indios imaginarios e indios reales* ha sido soslayada

ocasión, y mediante el análisis del discurso de la ausencia esgrimido por el mentado logos occidental, llega a niveles que me parecen deformantes en la comprensión del proceso de conquista y mestizaje.

Sarcástico, irónico e irreverente, Guy Rozat pierde en ocasiones la dimensión analítica para ejercer provocativas peroratas en contra de occidente y sus afanes imperialistas, incluso sus afanes epistemológicos imperialistas, y en ello embarra a autores como Juan Comas, a la par de reivindicar un contradiscurso alrededor de una superioridad utópica y armónica del indio mesoamericano. Ejemplo de ello es la nostálgica cita que el autor refiere sobre el convencimiento que Ruggiero Romano expresara sobre la ausencia del hambre en América antes de la conquista, además de otros planteamientos absurdos que remiten a un conflicto de conciencia histórica entre historiadores europeos que valdría la pena estudiar. Para Rozat, toda visión occidental sobre la naturaleza del mundo americano es motivo, para ponernos a tono con los neologismos conservadores, de profundo “sospechismo”. Sin embargo, en medio de su discurso en contra del redentor y civilizador occidental y a favor de los indígenas y su mundo fantástico (al estilo León-Portilla), el

en el ámbito académico por quienes deberían aprovechar y discutir los descubrimientos y propuestas de Rozat, principalmente Miguel León-Portilla, quien de manera crónica ha hecho oídos sordos a todos aquellos estudios que pongan en riesgo la hegemonía de sus interpretaciones, principalmente la propagandística y rentable *Visión de los vencidos*.

autor realiza reflexiones muy interesantes basadas en una visión histórica profunda sobre el papel de la tecnología en diversas civilizaciones, mostrando que incluso las involuciones técnicas tienen una lógica y una razón profundas ajenas a las concepciones desarrollistas que han permeado a la teoría social desde el siglo XIX. Así, en algunas partes plantea la cuestión en torno a la necesidad de explicar porqué una sociedad puede prescindir de ciertos principios (rueda, arado, etcétera), aparentemente benéficos para el desarrollo, y resolver sus problemas técnicos de base en función de concepciones diferentes de la relación hombre-naturaleza.

Un caso específico que me parece excelentemente resuelto es el del maíz y el debate sobre la ausencia del arado en Mesoamérica: más allá de las peroratas y absurdos con que adereza sus argumentos, Guy Rozat aporta elementos sumamente interesantes para entender la lógica interna de la eficacia y viabilidad del maíz y de su tecnología en el México prehispánico. Quede entonces anunciado el próximo combate, máscara contra cabellera, entre Arnold Bauer (“El logos enmascarado”) versus Guy Rozat (“El Rayo de Coatepec”).

Cierra el libro Margarita Menegus con su estudio titulado “El gobierno de los indios. Señores o cabildo”, que en estricto sentido, y como lo señalé antes, no se refiere

a un caso de cambio cultural vía mestizaje tecnológico. Su área de análisis se centra en el estudio de los cabildos indígenas, su surgimiento en el siglo XVI y su carácter de estructura mestiza de gobierno.

La autora se pregunta si el cabildo indígena sustituyó al gobierno de los señores naturales o hubo una permanencia de éstos dentro de la institución introducida por los españoles. Analiza las posturas de Charles Gibson e Hildeberto Martínez para desentrañar el papel de los calpulli y de las casas señoriales, de los linajes y del deterioro de las formas de gobierno ejercidas por los principales con la inserción paulatina de los macehuales en los nuevos espacios de poder indígena permitidos por los españoles. Así, Menegus concluye que los indígenas hicieron uso, en un primer momento, de una institución europea para resguardar derechos tradicionales, para entrar, en un segundo momento, a un proceso de desestructuración del gobierno indígena tradicional, en medio de una alta conflictividad al interior de las comunidades y de cara a un nuevo esquema jurídico de estirpe hispana. El efecto de la imposición del cabildo en el mundo indígena fue diferencial, lo cual muestra la autora a partir de múltiples ejemplos de conflictividad en diversas regiones de la Nueva España. La transformación social derivó en gobernadores indígenas

y el manejo desde 1538 de la figura de los caciques como mediadores e interlocutores de los indios frente a los poderes establecidos: se trata, por tanto, de un cambio cultural más profundo de lo que la autora plantea, en términos de modificaciones en las estructuras de poder y en el reconocimiento y legitimación de autoridades indígenas de cara a sus comunidades y a su organización social.

Sin demérito de sus aportaciones, no está por demás reiterar que este ensayo no va en la línea del planteamiento central del libro, por lo que valdría la pena que los coordinadores organizaran otro seminario dirigido a explorar el cambio social a partir del mestizaje en las formas de gobierno y en los espacios para el ejercicio del poder.

Son estos los autores, los temas, las extraordinarias aportaciones y algunas de las controversias sanas e indispensables que *Mestizajes tecnológicos y cambios culturales en México* nos ofrece, además de la invitación a continuar con el análisis de nuevos estudios de caso en torno a mestizajes tecnológicos y vida material (por ejemplo la alfarería, la cestería, la jarciería, la construcción, por mencionar algunos ámbitos pendientes). Saludo, pues, la aparición de este esfuerzo colectivo, y sugiero que en el medio académico lo rebauticemos para enderezar los entuertos: *Mestizajes tecnológicos, cambios culturales en México, y algunas cosas más*.



Figura 11. “Mientras parejas de enamorados permanecen impasibles en las bancas de la Alameda Central, los granaderos, macana en mano, corren tras los estudiantes que organizaron allí un mitin relámpago para exigir la salida de los soldados de la Universidad”. (*Excelsior*, 20 de septiembre de 1968. Archivo Histórico CESU, UNAM).